

Capítulo 3

Laura se pierde



“El buen pastor da la vida por sus ovejas”

Ya hemos dicho que Laura era una niña muy alegre que con cuatro años quería estar siempre detrás de sus hermanos y primos. Habitualmente se movía alrededor de la casa y cuando sus hermanos se alejaban tenían que avisar a los mayores para saber si se le permitía ir con ellos o se quedaba en casa.

Un día de otoño, cuando las hojas ya estaban amarillas y el viento frío de la montaña hacía las mañanas especialmente luminosas, los chicos decidieron alejarse para buscar setas. Era un sábado y no tenían clase, la profesora estaba fuera y los padres de Toni, Isabel y Laura, también, por lo que parecía el día perfecto para ir de excursión. Al cuidado de los chicos se habían quedado sus tíos Ester y José, padres de Miguel, Javier y Luís.

Los muchachos no conocían bien las setas pero Isabel tenía mucha habilidad para reconocer cuatro o cinco especies que no eran venenosas; de todos modos una vez en casa se las enseñaba a su padre, que era un experto, y éste, a medida que el tiempo pasaba, apartaba menos del cesto: Isabel se iba haciendo también una experta.

Ese día se le dijo a Laura que no podía acompañar a sus hermanos ya que estos pretendían ir muy lejos a buscar las setas; incluso Luis por su cojera se tuvo que quedar en casa. Además saldrían después de comer y tendrían que ir deprisa ya que los días eran más cortos. Pero Laura insistía para que la dejaran marchar, llegó hasta patalear, pero su tía se mantuvo inflexible: ¡no podía ir y no iría!

Los chicos se fueron y Luís intentó convencer a Laura para que jugaran juntos, pero una vez que vio que sus intentos fallaban se fue a los establos a ver como daban de comer a los animales.

Pasó la tarde y cuando llegó la hora de la merienda Luís se acercó a la casa; su tía le esperaba a la puerta.

- ¿Dónde está Laura? ¿Es que no va a venir en toda la tarde?, preguntó Ester.

- No se donde está, no quiso jugar conmigo, casi balbució Luís dándose cuenta que podía haber un problema.

La tía palideció, cogió a Luis por los hombros y casi lo zarandea:

- ¿Cómo que no está contigo? ¡Yo vi que iba detrás de ti hacia los establos!-

- ¡No, tía, no vino conmigo, yo no la he visto!, chilló Luís

Ester se puso una chaqueta encima y echó a correr a los establos, buscó a su marido y a los obreros que había en el cortijo y se pusieron todos a buscar a Laura.

- ¡Mujer, no te preocupes- decía José- seguro que está con los chicos- Sin embargo el tío también estaba angustiado presintiendo que Laura se había ido tras los chicos y quizás no los había encontrado.

Al poco llegaron de su pequeño viaje los padres de Laura, Ricardo y Elena quienes al ser informados de la noticia se dispusieron a ir a buscar a la pequeña.

Se dividieron para buscarla y cubrir una cantidad de terreno mayor. Avisaron a los cortijos vecinos por teléfono para que buscaran también. Pasaron unas dos horas; llamaron a Laura por todos lados; subieron a los cerros cercanos a la casa y otearon el horizonte y nada; se acercaron al río que aún llevaba poca agua y no la encontraron.

Volvieron los muchachos con dos cestas de setas pero a Laura no la habían visto; con ellos no se había ido.

La madre sollozaba y se retorció las manos con temor. Ella tenía la esperanza de que Laura estuviera con Toni, Isabel y sus primos.

Se reunieron en la casa para decidir qué hacer; la noche se acercaba.

El padre mandó que las mujeres y los chicos se quedaran en casa; él, el tío y los obreros seguirían buscando.



La madre de Laura quería ir también, pero el padre señaló que era mejor que esperara por si llamaba algún vecino de otros cortijos para decir que la habían encontrado.

Y los hombres partieron. La madre y los chicos se reunieron alrededor de la mesa y Elena se arrodilló en un rincón y se puso a orar para implorar que Dios que ayudara a su pequeña y la guardara de todo mal.

Primero Isabel, luego Luís y después el resto se reunieron a ella y cogidos de la mano oraron igualmente. Después de un rato, algo pasó. Es difícil de explicar pero aquella primitiva atmósfera de temor desapareció. Elena y Ester quedaron en silencio y los chicos se miraron; tenían la sensación de que su oración había sido escuchada. La mamá miró el reloj; eran las nueve y media.

Mientras tanto los hombres provistos de linternas proseguían la búsqueda; llamaban a voces e iban entrando de olivar en olivar deteniéndose allí donde había un pequeño barranco donde podía haber caído. Pasaban las horas y se fueron reuniendo más hombres que habían sido informados de la desaparición de Laura.

Ya cerca de las tres de la madrugada alguien gritó –

- ¡Aquí está!, ¡venid!- y disparó un tiro, la señal convenida



Cuando el padre de Laura oyó el tiro se encaminó rápidamente a la zona de donde provenía el disparo. Cuando llegó se encontró a su amigo, el señor Braulio, que tenía a Laura en los brazos.

Temeroso, esperando lo peor, se acercó, pero no, Laura estaba dormida aunque tenía los labios morados de frío.

Ricardo la envolvió en su chaquetón de lana y la apretó contra su pecho; ¡su niña, había encontrado a su niña!, y sin que le vieran se apartó una lágrima que le brotaba sin control.

Emprendieron la vuelta a casa y el resto de los hombres de los otros cortijos se fueron despidiendo.

Finalmente llegaron a su casa. Cuando entró en la sala silenciosamente vio a los mayores recostados sobre la mesa y dormidos; mientras la madre y la tía seguían en aquel rincón de rodillas.

Al sentir la puerta se volvieron. Elena no pudo evitar un grito de sorpresa y ya se le nubló la vista; antes de acercarse a su hija, aún tuvo fuerza para agradecer de todo corazón la ayuda de Dios.

A la mañana siguiente, cuando Laura se levantó lograron que les contara algo de lo que había pasado. Laura, efectivamente siguió a sus hermanos y primos, pero éstos le llevaban bastante ventaja y no los alcanzó. Llegó un momento en que no conocía el lugar y se perdió. Cuando quiso volver ya no pudo encontrar el camino. Nada le era familiar. La noche se fue echando encima y empezó a tener miedo. Comenzó a llorar y a llamar a su madre. Pero nada pasaba; se detenía a escuchar y nada ocurría.

Siguió andando, tropezando; se cayó varias veces y ya no veía ni el camino. Laura sólo supo decir que se encontró en una zona boscosa y que se arrimó junto a un árbol; pero de pronto se asustó: había oído un resoplar a su lado muy fuerte; sin embargo cuando pensó que le iba a atacar aquella cosa, todo quedó en calma. Ella se quedó junto al árbol y ya sólo se despertó en su cama.

Su padre, le dijo entonces lo preocupados que habían estado y que no había sido obediente a las órdenes de su tía, por ello había puesto en peligro su vida. Nunca más debía desobedecer porque la desobediencia tiene malas consecuencias: podía haberse caído a un pozo, frecuente en la zona, podía haberse quedado muerta de frío, podía haber sido atacada por un animal. Tenía que recordar que sólo había sobrevivido gracias a la ayuda de Dios que la había cuidado.

Al día siguiente cuando la profesora volvió y le contaron lo ocurrido se quedó asombrada; ella sabía la peligrosidad de la noche para una niña como Laura. Elena le

contó la sensación de protección que habían sentido cuando estuvieron orando por Laura.

Inés reunió a los chicos y abrió su Biblia. Les contó la historia de una oveja que se perdió en el monte y su amo dejó al resto de las ovejas a buen recaudo y fue a buscar a la que se había perdido. También Laura se había perdido y Dios la guardó y permitió que su padre la encontrara con vida.

Nosotros somos como ovejas para el Señor - prosiguió Inés - nos alejamos del cuidado de Dios y nos perdemos, desobedecemos y eso trae consecuencias terribles; a lo largo de la vida se encuentran lobos dispuestos a comerse a las ovejas que se han perdido.

- ¡Que horror encontrarse con un lobo! dijo Laura asustada.

- Efectivamente Laura, pero hay pastores que buscan y buscan a la oveja perdida hasta que la encuentran, como tu padre te encontró a ti. Jesús es el buen pastor y fue tan bueno que dio su vida por salvar a las ovejas, es decir a todos lo que creen en El. Y todo aquel que cree en El tiene vida eterna – concluyó.



- ¿Qué es vida eterna?- saltó Luis

- Que no te vas a morir- atajó Javier

- Vaya par de majaretas, se rió Toni- eso no quiere decir “vida eterna”

- ¿Y qué quiere decir vida eterna, listillo?, preguntó con sorna Javier-

Toni se quedó un rato pensativo; mientras Inés fingía estar leyendo la Biblia pero no apartaba su atención de la charla de los niños.

- Vida eterna es, pues eso, titubeó- pues vida para siempre, concluyó Toni, algo avergonzado de no poder ampliar la información mientras miraba de soslayo a Inés...

- ¡Ah!, te pillé- gritó Javier- ¡No tienes ni idea!

- Bueno- intervino Inés- Toni tiene razón y tu, Javier, también la tienes. Vida eterna significa eso, vida para siempre; y eso significa que, efectivamente, no vamos a morir; pero no vamos a morir en sentido espiritual: moriremos porque estamos encerrados en un cuerpo de carne que tiene que morir, pero nuestras almas, nuestra parte espiritual, no morirá. Cuando una persona muere su espíritu va a la presencia de Dios, donde sufrirá un juicio en función de la vida que haya llevado y de lo que haya creído.

- Eso si que me da miedo, dijo Luis- acordándose de las veces que hacía rabiar a Laura-

- Nadie tiene que temer si conoce a Jesús; El vino a salvar lo que se había perdido; así que lo que tenéis que hacer es buscar a Dios y pedirle perdón; el resto lo iréis viendo y aprendiendo poco a poco.

- ¡Qué fácil!- dijo Miguel que hasta entonces había permanecido en silencio.

- Si, tienes razón- continuó Inés- es muy fácil; pero no lo es tanto porque la mayoría de los hombres no les interesa conocer a Dios, o no les interesa ni siquiera oír hablar de Él y así nunca conocerán a Jesús y por tanto no podrán experimentar su perdón.

- Bueno, señaló Luis- ya estoy cansado de hablar ¿Vamos a jugar al escondite?

- Y después de esto los chicos fueron saliendo al patio.

M.L.V.Cuadros